

dados que hiciera subir á la estraña fiera. Accedió Wifredo á la súplica, y Juan Garin entró en la sala. Pero he ahí que al ver acercarse aquel estraño monstruo, empezó á agitarse un niño de cinco meses, hijo de Wifredo que tenia en sus brazos la condesa, y rompiendo el silencio, exclamó entre el asombro general:

— Levántate, levántate Juan Garin, porque Dios te ha perdonado.

El asombro creció de punto cuando vieron todos á la fiera que se levantaba. El monstruo volvía á ser hombre.

Garin se arrojó á los piés del conde y le contó su historia, pidiéndole un perdon que Wifredo no podia negarle, pues en nombre de Dios le habia ya perdonado un niño de tan tierna edad. Quiso solo saber donde estaba enterrada su hija para trasladar sus restos á Barcelona y ofrecióse á guiarle Juan Garin.

Partieron al dia siguiente seguidos de gran número de caballeros y de gran multitud de puebló, y llegaron al sitio donde se elevaba la capilla levantada por los fieles á la Virgen recientemente hallada en la montaña.

Junto al modesto edificio estaba el lugar de la sepultura de Riquilda; descubrieron el hoyo y, justicia de Dios! la hija del conde apareció viva á los ojos de la multitud. Solo en su garganta se veia la señal del cuchillo de Garin en forma de un hilo de seda encarnada.

Tal es el desenlace de la rara y original tradicion, verdadera poesía de aquella época, que el padre Argaiç en su *historia de Monserrate* no vacila en llamar *espiritual y corporal tragicomedia*.

En memoria de este hecho Wifredo llamó Miron á su hijo de cinco meses, y fundó un monasterio en el sitio donde habia sido enterrada la doncella y hallada viva despues de ocho años.

Esta es la dramática leyenda á la que debe vida el actual monasterio de Monserrate, esta la balada de la doncella degollada que cantan aun las jóvenes montañesas al regresar, á la caída de una dulce tarde de mayo, de sus campestres faenas.

Y ahora, decidme si no es curiosa historia y romántica leyenda la del buen Juan Garin.

El Rhin con sus risueñas orillas y grupos de cañaverales cada uno de los que es el palacio de una ondina; la Noruega con sus portentosas y sombrías tradiciones, negras como las alas de sus cuervos; la Bretaña con sus lavanderas nocturnas; la Irlanda con sus peregrinas y misteriosas historias; la Francia con sus cuentos feudales; la Escocia con sus mugeres verdes y sus bandadas de ocas salvajes producidas, segun creencia del siglo XVI; por

los frutos de ciertos árboles que no tienen mas que caer en el mar para enjendrar sus acuáticas aves; el Rhin, la Noruega, la Bretaña, la Irlanda, la Francia, la Escocia, repito, no tienen otra que ventaja en lo interesante y dramática á la balada del monte catalan.

Es para todo cristiano una gran tradicion y para todo poeta un gran drama el que dió vida al actual monasterio de Monserrate.

V.

ESPLENDOR Y RIQUEZA.

Ya lo hemos dicho, Wifredo, ese gran constructor de tēplos, vió levantarse por sus cuidados un magnífico edificio entre las peñas de Monserrate, y con el gigantesco oratorio que regaló á la Virgen de la montaña, perpetuó la memoria del sitio en que se halló con vida á la doncella degollada.

Asomaba ya el monasterio su frente de piedra por entre las almenas piramidales de las peñas, cuando Wifredo, que ha sido nuestro conde-poeta, pensó que la Virgen necesitaba vírgenes para servirla, y allí trasladó las monjas Benitas de San Pedro de las Puellas, otro monasterio que habia fundado en Barcelona Ludovico Pio.

Riquilda, la doncella degollada, la cándida amante del doncel de los cabellos de oro, se presentó allí por esposa al Señor, y fué la primera abadesa que tuvieron las vírgenes de Monserrate.

Luego de la fundacion del monasterio á la que contribuyó con sus propias manos, segun la crónica, Juan Garin, huyó este á esconderse en un remoto asilo de la montaña, en una cueva ignorada donde piadosamente terminó

sus penitentes días. Empero, quedaron existentes su primitiva cueva y la de Satanás el ermitaño, y aun hoy se enseñan al viajero con los nombres de *cueva de Fray Juan Garin* y *cueva del diablo*.

Por espacio de ochenta años fué Monserrate monasterio de monjas, pero cuando entró á ocupar el condado Borrell I, volvieron las vírgenes á su antiguo asilo de San Pedro de las Puellas donde tan raro ejemplo debian dar de virtud, pues en la toma de Barcelona por los moros, cortáronse todas las narices y el labio inferior para no ser torpe juguete de la liviandad sarracena.

Ignórase el verdadero motivo de su traslacion, pero créese fundadamente que, siendo ya entonces Monserrate visitado diariamente por gran número de peregrinos, juzgó acertado Borrell sustituir á las vírgenes del Señor los monjes de San Benito, por ser mejor visto en varones brindar hospitalidad á las caravanas repetidas de los devotos romeros.

Monserrate, pues, pasó á ser monasterio de los monjes de Ripoll, otro santuario de bellos recuerdos y peregrinas tradiciones al que consagraremos algunas páginas cuando le toque su turno.

Con el tiempo, la fama de Monserrate empezó á estenderse de una manera portentosa. Todos los condes de Barcelona fueron decididos protectores del monasterio, y su esplendor y celebridad aumentóse mas aun con la union de Aragon y Cataluña. Los milagros de la Virgen atraian gran número de peregrinos y romeros en procesiones hasta de doscientas y trescientas personas, teniendo ciertas poblaciones época y dia determinados para subir en peregrinacion al santuario á deponer sus ofrendas.

No tardaron en unirse los reyes á estos peregrinos. Doña Leonor, la esposa de Don Pedro el Católico, fué la primera reina que subió al monasterio y la primera que inscribió su nombre en la cofradía de Nuestra Señora de Monserrate fundada por el en aquel entonces prior Berenguel segundo.

Ilustre es la serie de personajes que desde entonces vió cada dia llegar á sus umbrales la metrópoli de las montañas, todos con su fé en el corazon y su ofrenda en la mano.

Allí es donde se apareció la reina de los cielos al que fué despues San Pedro Nolasco invitándole á tomar el hábito y á fundar una orden para la redencion de los cautivos (1).

Allí donde pasó toda una noche en vela, reclamando el apoyo de la Vir-

(1) La orden de la Merced de la cual se hablará mas adelante.

gen para resistir al francés Felipe, Pedro III llamado *el Grande* hijo de un héroe y padre de una santa.

Allí subió Don Alonso II con su esposa Doña Blanca, dejando en el monasterio al infante D. Juan que debia ser mas tarde monje y prior del mismo.

Allí estuvo dos veces Don Pedro *el Ceremonioso*, llevándose en la primera un anillo del dedo de la Virgen, como prenda para darle fortuna en sus empresas, y ofreciéndole en la segunda una galera de plata de riquísimo coste y gran trabajo.

Antes de concluirse el siglo XIV, la montaña veia trepar á una reina á pié descalzo por sus peñas. Era Doña Violante, esposa de Don Juan I el amante de la gentileza.

A principios del siglo XV, Monserrate ofrecia su hospitalidad á Benedicto de Luna, uno de los que entonces se disputaban la tiara y al maestro Vicente Ferrer que debia trocar mas tarde su título de maestro por el de Santo.

Dos veces vió la Virgen á sus piés á Don Juan II, el bárbaro padre del infortunado principe de Viana.

Mas tarde, Julio Róvere, prior del monasterio, dejaba su priorato para ir á sentarse en la silla de San Pedro con el nombre de Julio II.

Los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel visitaron la catalana Tebaida poco despues de la memorable conquista de Granada, y cuando el descubrimiento de América por Colon, nombraron primer arzobispo y patriarca de las Indias á Fray Bernardo Boil, monje de Monserrate, que partió con doce sacerdotes del mismo santuario montañés y fundó en el nuevo mundo el primer templo al que se dió el nombre de Nuestra Señora de Monserrate en memoria del de que habia salido para aquella espedicion.

La segunda esposa de Fernando, Jermána de Fox, fué otra de las protectoras del monasterio, al que subió en peregrinacion regalando á la Virgen una hermosa lámpara de plata y concediéndole ciertas prerogativas aprobadas mas tarde por su esposo.

Hermosa y grande fué aquella época para Monserrate!

Cada dia recibia nuevas visitas y nuevos presentes. Y no se crea que eran todos los que le visitaban pobres peregrinos partidos de lejanos paises, infelices romeros subiendo á pié y descalzos la trabajosa montaña en cumplimiento de un voto ó de una espiacion, no por cierto.

Mezelados con ellos se presentaban á llamar á la puerta del templo, — que lo propio se abria para el potentado que para el mendigo, — ilustres nombres de familias poderosas, célebres apellidos de afamados héroes. Hoy eran los Mon-

cardas y Cardonas, esas dos familias catalanas de semi-reyes que han llenado mas páginas de la historia; ayer fueron los Osorio, los Cenete, los Segorbe, los Alba, los Calabria, los Requesens, los Anglesola, los Infantado, los Prades, los Villahermosa, todos marqueses, condes ó duques, todos con su ofrenda en la mano para presentarla á la Virgen; anteayer habian sido Don Felipe el hermoso, Don Enrique Enriquez el almirante, Doña Juana Angela de Aragon, la hija bastarda del rey Católico, y su esposo Don Fernando de Velasco el primer condestable de Castilla, Don Enrique de Portugal, el infante-arzobispo y el rey-cardenal, Doña Isabel, en fin, que del regazo de sus padres los reyes Católicos pasó á los brazos de su esposo un rey de Portugal, y que dejó de regalo en el monasterio una espina de la corona de Cristo dentro de una columna de cristal guarnecida de ciento treinta y cuatro diamantes.

Todos estos huéspedes hacian con sus visitas volar la fama del monasterio catalan hasta los países mas remotos, y todas aquellas testas coronadas inclinándose humildes y reverentes, proclamaban en el mas sublime y elocuente lenguaje la soberania de la Virgen.

Por aquellos tiempos, Nápoles, conquistado por un ejército de catalanes, veía elevarse en una de sus calles principales un templo consagrado á Nuestra Señora de Monserrate, para cuyo servicio y cuidado enviaba Cataluña monjes de su propio monasterio.

En Roma echaba Don Fernando los cimientos de una iglesia dedicada á la misma Virgen, al propio tiempo que en Viena, en Praga, en otro punto de Bohemia, en París, en Lisboa, monjes salidos de Monserrate, peregrinos por el mundo, soldados de esa falanxe de la fé que por todas partes se estendia acabando de conquistar con el agua del bautismo los corazones dispuestos ya por sus palabras, fundaban á su Virgen catalana, segun el sitio en que se hallaban ó los protectores que tenian, ya un templo suntuoso, ya una simple y modesta capilla en el centro de los bosques.

En América ya hemos visto á quién se debe la fundacion de su respectivo santuario. En los rincones mas lejanos de ambos mundos se veia pues adorada la Virgen protectora de Cataluña.

A estos templos debian aun unirseles otros en Madrid, en Méjico, en el Perú.

Digamos algo ahora de un huésped que tuvo Monserrate y cuya visita á la catedral de las montañas debia traer inmensas y trascendentales consecuencias para el mundo cristiano de los papas y los reyes.

Un numeroso ejército francés pasó en 1521 la frontera y penetró en Navarra con objeto de recobrar para Juana de Albret este perdido reino. Pamplona la capital, tembló ante aquella invasion extranjera y llamó á las armas á todos los naturales. Era en efecto fundado su temor. El francés se adelantó via recta hácia la capital y la puso sitio.

Desgraciadamente, hallábase ausente el virey, pero en su lugar habia dejado á un jóven de noble alcurnia, antiguo paje en la corte de Fernando V, esperto capitán en la gloriosa toma de Nájera. Este jóven, pues, que hacia las veces de virey, se dispuso á llenar con toda lealtad y valor su puesto.

Pamplona cayó despues de una resistencia poco memorable, y el jóven virey con un solo soldado tuvo tiempo de refugiarse en la ciudadela cuya guarnicion, perdida la plaza, deseaba rendirse, pero á la que animó el virey á defenderse. Hízolo así en efecto, sin que toda su bizarra resistencia pudiera impedir que los franceses tomaran por asalto la ciudadela y pasaran á cuchillo la guarnicion.

Discurriendo andaban los enemigos por la muralla, ébrios de la sangre vertida, buscando contrarios sobre quienes poder aun continuar su carnicería, cuando tendido junto á un lienzo de muralla hallaron á un hombre desangrándose, pugnando por incorporarse ayudado de su mano izquierda y blandiendo con la diestra un acero que no pocos servicios le habia prestado en aquella sangrienta jornada.

Era el jóven virey de Pamplona que habia sido herido en una pierna.

—Ríndete!—le gritaron los soldados.

—Jamás!—contestó el esforzado capitán del puesto.

—Entrégnos tu espada.

—Arrancádmela primero,—esclamó el nuevo Leonidas.

Los soldados le apuntaron.

Un momento mas y el virey era hombre muerto.

El herido aguardaba con estoica heroicidad la bala que debia dar cuenta de él. Era todo lo mas que podia hacer, pues que le privaba de defenderse su pierna que de un balazo le habian inutilizado en el muro. Sin embargo, tan apurado era aquél trance, que hizo mentalmente el voto, si salia libre de aquel peligro, de ir en peregrinacion al monasterio de Monserrate en Cataluña y á Jerusalem en la tierra santa.

Como si su voto hubiese sido atendido, un hombre se presentó en el acto en que iban á acabar con él los soldados extranjeros.

Era este hombre el mismo general francés.

—Nosotros somos vencedores, no asesinos! —gritó á los suyos.

Y declarando prisionero de guerra al bizarro capitan español, mandole curar la herida de su pierna y transportar con todas las atenciones á un hospital de campaña desde donde le permitió pasar libre á su casa algunos dias mas tarde.

Al hallarse restablecido, no echó en olvido el buen capitan el voto que habia hecho, mayormente si, como es válida opinion entre sus biógrafos, se ocupó durante su enfermedad en leer libros religiosos; y por lo mismo, aunque no muy firme y seguro de su pierna, dice un autor, trocó en buen sentido los libros que antiguamente habia leído de caballería, y, nuevo caballero andante, se puso en marcha para Nuestra Señora de Monserrate.

Cerca de este santuario y antes de subir la montaña, compró el traje completo que pensaba llevar en su romería á Jerusalem: era una túnica á modo de saco de cáñamo espeso y grosero que le llegaba hasta los piés, un pedazo de cuerda para atársela, alpargatas de esparto, un cordón de peregrino y una calabaza para agua.

De este modo fué como llegó el romero capitan al monasterio entrando de rodillas á presencia de la Virgen.

Monserrate con sus caprichosos riscos, con sus sábanas monstruosas de trabajadas peñas, que, en lo raro y original, se parecen á petrificados órganos; el monasterio con su quietud, su retiro, su incitadora soledad: el templo con su religioso silencio que en nada se parece al silencio de los templos de las ciudades; la Virgen con su pompa y magestad, con su corona de recuerdos, todo influyó de una manera extraordinaria en el ánimo del valeroso soldado, y sintió á poco que en sus ideas se operaba una revolucion y sintió huir sus antiguos pensamientos guerreros y mundanos ante el invasor tropel de otros pensamientos nuevos y vivificadores, ante la vasta estension de unos planes gigantescos.

Cuando estuvo el capitan bien seguro de que sus recientes ideas le llamaban á un nuevo porvenir, pidió conferenciar con dos monjes, acaso los que de mayor fama gozaban en el monasterio, y comunicó la disposición de su ánimo á los confesores Fray Juan Xanonés y Fray Miguel Forner. Los consejos de estos venerables solitarios y el libro que para leer le dieron de ejercicios espirituales, compuesto por el antiguo abad de Monserrate Fray García de Cisneros, acabaron de decidir al capitan.

En efecto, su vocacion le guiaba por un nuevo camino; por lo mismo el 24 de Marzo de 1522, dia que ningun cronista de Monserrate se olvida de apun-

tar, colgó de un pilar de la iglesia, dice el Padre Argaiz, sus armas militares, y vestido de un hábito grosero veló las nuevas (las espirituales) como habia leído en sus antiguos libros que hacian los caballeros noveles, y se estuvo en pié y á veces de rodillas, arrimado toda la noche delante de la imagen de la Virgen.

Al dia siguiente, soldado ya de Cristo, abandonó á su vez el traje de peregrino como habia abandonado el de soldado y vistió un hábito negro parecido al de los monjes del monasterio.

De allí pasó en seguida á una cueva situada, segun la comun opinion, en las inmediaciones de Manresa, cueva ó mas bien ermita desde una de cuyas ventanillas podia contemplar el santuario de Monserrate, á cuya Virgen dirigia frecuentes y repetidas oraciones.

Despues de mucho tiempo pasado en la ermita de Manresa, entregado á raras y ejemplares mortificaciones, vino á Barcelona, y de aquí pasó á Gaeta, á Florencia, á Génova, á Roma, á París, á Madrid, á todos los lugares que nos señala la historia de esa vida fecunda en incidentes y de todos har-to conocida, porque ese hombre, ese soldado aventurero, ese religioso peregrino, ese solitario anacoreta, ese ardiente viajero, no era otro que Inigo Oñez, señor solariego de Loyola, no era otro que San Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús.

Tambien en aquel mismo siglo tropezamos en Monserrate con un huésped, el mas ilustre sin disputa de los que han subido la montaña

Carlos V.

Como Barcelona, como España, como el mundo todo, Monserrate está lleno de recuerdos de Carlos V.

Once veces visitó el César español el monasterio, y, si hemos de dar crédito á Sandoval, uno de sus cronistas, muy á menudo le acontecia, hallándose en Barcelona, subirse al monasterio acostumbrando residir allí algunos dias que empleaba en devotas prácticas, en paseos por la montaña y en conferencias con el abad. Cuando esto le sucedia, comia á la mesa de los monjes y dejaba pingües limosnas.

Consta por los libros haberse recibido de él hasta veinte mil ducados. En cambio, una misa se le dijo diariamente durante su vida, en el altar de Nuestra Señora.

Si no nos hacen padecer equivocacion las fechas que hemos cotejado y las

obras que hemos consultado, en el monasterio estaba Carlos V cuando recibió la noticia de haber destinado su frente los electores de Alemania para ceñir la corona imperial de Carlo Magno. Allí estaba también cuando tuvo la noticia de haber descubierto Hernán Cortés la nueva España de las Indias occidentales; allí estaba, por fin, cuando le trajeron la nueva de haber Don Hugo de Moncada, el Neptuno catalán, virey entonces de Sicilia, derrotado á los moros de la isla de Gelbes.

Y nueva era esta que debió de alegrarle no poco ciertamente. El acero de Moncada le valía aquella vez á un tiempo la presa de una isla, el tributo de un rey y doce mil doblones anuales.

Todo esto contribuía á hacerle grata la estancia y el recuerdo de Monserrate, y quién sabe si fué allí donde hirió por vez primera su mente la idea de recojerse también un día al monasterio donde en otro lugar de esta obra le hemos visto morir, abandonando la pompa y esplendor de un trono de dos mundos!

Inmensa era la devoción de Carlos V por Nuestra Señora de Monserrate. Ahí está sino para prueba la historia de su vida. Apenas se dió al mar una sola vez, que antes no fuera humildemente á ponerse bajo la protección y amparo de la montañesa Virgen. Allí le vemos en diversas épocas notables de su vida y antes de llevarse á cabo las empresas que más ilustran su reinado.

A visitarla sube antes de partir para Génova en la armada de Andrés Doria que le esperaba en el puerto de Barcelona; allí le hallamos implorando su amparo para la osada navegación de Magallanes que debía dejar el nombre de este último á los mares más remotos; allí estaba antes de embarcarse para ir á tratar con el papa Paulo y el rey Francisco; allí finalmente le vemos toda una noche en vela, como San Ignacio, la víspera de partir para esa memorable expedición de Túnez que le valió la conquista de un reino.

Otra circunstancia influyó también, y acaso no poco, en su devoción. A Nuestra Señora de Monserrate confesaba ser deudor de la salud de su esposa la bella portuguesa, la emperatriz Isabel.

Veamos como.

La emperatriz cayera gravemente enferma en Barcelona, y la capital, que profesaba singular afecto á su soberana, decidió hacer públicas y singulares rogativas para el recobro de su salud.

Las cofradías recorrían las calles con cirios encendidos: largas procesiones de doncellas salían á invocar al cielo, desnudos los pies y esparcidos los cabellos, azotábanse ante cada imagen los penitentes, y, por último, viendo

que todo esto no bastaba para devolver la salud á la hermosa portuguesa, ciento cincuenta ciudadanos de todas clases y condiciones, en traje de peregrinos, á pie descalzo, subieron procesionalmente á Monserrate.

Isabel se mejoró completamente, y aun antes de hallarse del todo restablecida, determinó subir á su vez al monasterio para dar gracias á la Virgen su protectora. En efecto, en Monserrate estuvo la emperatriz acompañada de su caballerizo mayor, de ese hombre de poética vida á quien recuerda Barcelona como á uno de sus mejores vireyes, al que no ha olvidado jamás la corte castellana como marqués de Lombay, al que nunca olvidará la historia como duque de Gandía, al que proclama la Compañía de Jesús como uno de sus más caros discípulos, al que venera por fin la Iglesia con el nombre de San Francisco de Borja.

La munificencia de la emperatriz fué grande con la Virgen, á la que regaló entre otras varias cosas un portapaz de plata sobredorada (1), y un navío pequeño todo de oro guarnecido de diamantes y apreciado en diez y ocho mil pesos (2).

En 1540 volvemos á hallar á Carlos V en su monasterio favorito. Partía para Gante, iba á sujetar esa indómita ciudad que acababa de tremolar los pendones de la rebelión, y antes de abandonar la España, había como de costumbre subido á Monserrate.

Allí pasó varios días, y tanto le cautivaban las prendas del en aquel entonces abad Fray Miguel Forner, que quiso un día agradecerle con la oferta del obispado de Vich.

El emperador que esperaba ver al abad aceptar con reconocimiento, vió por el contrario, menear tristemente la cabeza.

—Cómo! — exclamó Carlos, — no os seduce un obispado?

—No me sedujera, señor, la misma cátedra de San Pedro,—contestó Fray Miguel Forner. Hijo de Monserrate, debo vivir y morir entre sus peñas.

Felipe II, el que acostumbraba decir que jamás se ponía el sol en sus dominios continuó la devoción de su padre por Nuestra Señora de Monserrate.

Cuatro veces consta que subió al monasterio, una siendo infante y en compañía de Maximiliano príncipe en aquel entonces de Hungría que vino á España á casarse con su hermana Doña Isabel.

(1) Estaba labrado en él el árbol de Jesé; era una obra maestra del arte y solo de hechuras costó dos mil ducados.

(2) Poco tiempo antes, Barcelona había regalado al monasterio una lámpara de plata con cuatro escudos de sus armas y dotada en 600 ducados. También los concellers habían concedido al abad y monjes de Monserrate el privilegio de ciudadanos honrados de Barcelona.